

## **Domingo XXII del Tiempo Ordinario (03-09-23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

Transcripción

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo pasado, el texto que precedía (Mateo 16,13-20), nos mostraba que esta fe que inspiró e inspira a todos nosotros - y que Pedro manifestó: *“Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente”* - propuso como respuesta a Jesús: *“Bienaventurado Tú, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*; de tal manera que todos los cristianos, si creemos que Jesús viene de parte de Dios a hacernos hermanos, a hacernos hijos y a procurar esperar, finalmente, definitivamente en Dios, ésta es la fuente inagotable que Pedro tiene para poder gobernarnos.

Por eso, todos los Papas siguen la misma línea: dejarse llevar por el Espíritu (así fue como terminamos la semana pasada). Sin embargo, existen cosas en nosotros que todavía pululan, porque las recibimos de nuestros intereses, nuestras heridas, nuestros problemas, nuestras búsquedas y distorsionamos el sentido inspirador de la fe. Por eso, cuando Jesús empieza a anunciar que ese Hijo de Dios que viene a salvarnos a todos tiene que padecer, es decir, tiene que entregar su vida por amor a los demás y, por lo tanto, tiene que cargar su Cruz, nos cuesta creerlo. Entonces, empezamos a querer distorsionar también el camino de Jesús para que no nos toque las exigencias que tiene el seguir a un Dios que es amor, que ha dado la vida y que ese mismo Dios se ha anonadado a través de Jesús por nosotros. A veces, nos cuesta el intentar reconocer que tenemos una misión, y esa misión implica el riesgo del

martirio de la muerte, justamente, por anunciar el Evangelio.

Pero también corremos el riesgo de que cambiemos el rol de la Iglesia, es decir, que la Iglesia, en vez de ser para suscitar el amor en el mundo, sea nomás para decir: “Tenemos que combatir al mundo y luchar contra el mundo, porque el mundo es malo, y nosotros somos puros”. Es cierto que el mundo tiene muchas cosas malas (también hay cosas buenas en el mundo), pero lo importante es que haya alguien para anunciar que lo bueno del mundo tiene que seguir floreciendo y hay que alentarlos (que es lo que hizo Jesús y hoy lo hacemos en la Iglesia), inclusive, si eso implica la muerte. Jesús no es un masoquista que está buscando morir porque quiere inducirnos casi morbosamente a la muerte. Eso no es cristiano, pero sí hay que afrontar los problemas de tal manera que, comprometidos, podríamos correr riesgos. Y Él lo corrió y terminó su vida no solamente en la muerte, sino en la Resurrección.

Por eso, el único camino para tener vida siempre es compartir la vida, dar la vida, servir a la hermandad. Y esto no lo entiende Pedro, porque tiene un problema en su fe. Eso está escrito en todo el Evangelio de Mateo (que hemos visto muchas veces): Pedro tiene oligopistia (ὀλιγοπιστία). Él tiene no una poca fe, sino una fe en la manera de creer de los pocos dirigentes de Israel, los sacerdotes, que habían ocupado el lugar de los reyes seis siglos antes y se habían consolidado hasta “meter la pata” totalmente, haciendo que la religión fuera un banco, un emporio, cómplice de los grandes poderes del mal en el mundo.

Y, justamente, Jesús viene a rectificar la forma negativa cómo se organizó la vida religiosa en el tiempo de Jesús.

Seis siglos antes de Jesús había los reyes, el profeta y el sacerdote. El sacerdote ocupaba un lugar completamente secundario, solamente para hacer el culto en el templo; pero, sobre todo, quien gobernaba era el rey, y el profeta estaba para recordarle al rey, al pueblo y a los sacerdotes, que no podían salirse de la línea de Dios.

Por eso, el profeta está dibujado hoy día tan lindo en el primer texto de Jeremías (20,7-9): *‘Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir. Me has seducido y me pudiste. Todos gritaban contra mí: “violencia”, me maldecían, pero había como un fuego ardiente que quemaba mis huesos y yo no podía quitármelo’*. Eso es lo que tenemos todos los cristianos, un fuego ardiente que nos hizo ser cristianos y afirmar que vale la pena creer en Cristo porque tenemos, justamente, ese camino.

Vale la pena seguir a Jesús porque así se implantará el amor, con el corazón, con la sangre, con nuestro ser, con todo nuestro ser, si nos dejamos seducir por Él y el Espíritu nos guía. Pero ¿qué pasa?, se va debilitando la vocación y prevalecen los intereses, y el sacerdote empieza a colocarse primero por la ambición, a ceder a sus intereses por el dinero y el poder, a buscar qué hay ahí y qué voy a sacar si conseguimos más por más misitas ... y empezamos a ver si le puedo sacar un bingo. Si el bingo es para todos y acordado con todos, no hay problema; pero si es para beneficio personal, entonces, eso es contrario a la fe, porque uno se aprovecha del Pueblo de Dios.

Eso está pasando también en nuestra Iglesia, que tenemos enormes tentadores y enormes tentaciones. Y el Señor le dice a Pedro, al primero, al mismo que le ha dicho: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” y... “te doy el poder de las llaves”, ahora le dice: “¡Cuidado con la

tentación!", y para eso le dice: "Ponte detrás de mí, satanás".

La palabra "satanás", por si acaso, no significa solamente diablo, también significa tentador, o sea, el que nos pone en una situación de salir del camino en donde estamos. También se le llama "escándalo" o "piedra de tropiezo", porque hace que yo no camine ordenadamente, sino que me desvíe y me caiga. Esta tendencia satánica, que es la de la tentación permanente, ocurre en todos nosotros y todos tenemos una debilidad, pero el Señor ha suscitado en nosotros ese fuego ardiente que permite el poder rectificar, permanentemente, en la fe.

Y esta época de la Iglesia, que el Papa Francisco ha retomado el Concilio Vaticano II que comenzó desde el año 1962, tiene que ser distinta, porque la Iglesia no puede estar ligada al poder ni al dinero, la Iglesia está para servir a la gente.

Y uno de los problemas más grandes que tenemos ahora es que, con ciertas imágenes que se han acumulado en la historia, muy propias de la época de los sacerdotes (y, luego, se han trasladado a la Iglesia en la historia), tenemos que rectificar. Por eso es por lo que hay un Concilio, por eso es que el Papa Francisco propicia la reforma, de lo contrario, se nos "cuelan" imágenes demasiado ampulosas, creyendo que Jesús es el rey que vence al mundo con poder. Es cierto que el Señor, pero en el sentido del amor.

La palabra "todopoderoso", por ejemplo, significa todo-amoroso. La palabra "pantocrátor" significa "el que lleva en sus manos al mundo" para que no se caiga; es como una mamá que arrulla a un niño en sus brazos. Hay

una canción que, a veces, cantamos en varias iglesias: “¡Poderoso es el Señor!”, pero, en realidad debemos decir: “¡Amoroso es el Señor!”, porque es un poder distinto, es un poder suscitador de esperanza, es un poder que suscita en las personas una manera nueva de vivir y de ser.

Por eso, tenemos que cambiar mucho nuestras costumbres cristianas y, por eso, la Iglesia de Lima también está en reforma por petición expresa y como misión encargada al obispo de parte de su Santidad, el Papa Francisco, porque tenemos el deber de poder, en medio de las situaciones que vivimos, colocar la fuerza inagotable del amor, que es capaz de convencer y cambiar a todas las personas.

Por eso, hermanos, no nos dejemos tentar, ayudémonos unos a otros a crecer en el amor. Y para eso necesitamos hacer una cosa que es muy importante: el amor requiere encuentro entre las personas. ¿Cómo se van a encontrar las personas si las personas no se conocen y no tienen nada que contar? Por eso, les propongo, para poder salir mejor de toda tentación, desamor y pelea, hacer un examen de cómo es mi historia con Dios en mi vida y cuál es mi vocación.

Hoy día, a todos los seminaristas, antes de ordenarse, les estoy pidiendo su historia personal con Dios, porque uno debe saber sus heridas, sus problemas, y sus cosas lindas: La historia con Dios no es tan fácil, porque en nosotros existen debilidades de todo tipo. Quien es cristiano, pero no conoce sus debilidades ni las ve cara a cara, no ve allí a Dios, en medio de su pecado -como decía San Agustín-. Si lo hace, empieza a encontrar al Señor.

Como dice esa frase de San Agustín: *“Tarde, te amé, porque fui un pecador. Yo te buscaba, pero Tú ya me*

*habías encontrado*”. El Señor ya nos ha encontrado a nosotros, lo que pasa es que nosotros lo buscamos porque estamos enredados con muchas cosas, con muchas tensiones, con muchas heridas, con muchos complejos, con muchas cosas de maltrato que hemos sufrido y que también nosotros hemos maltratado a personas. Pues bien, intentemos todos los cristianos de Lima escribir nuestras historias, hacer una meditación un poco larga. Así los seminaristas me ha presentado historias largas, y es interesante leer toda la maravilla de cómo han pasado las cosas y cómo también se encuentran muchas cosas interesantes que recoger y otras que corregir.

Y, entonces, a partir de ahí, ellos me presentan su historia y conversamos, pero todos nosotros podemos encontrarnos entre amigos, en primer lugar, gente con confianza para poder expresar lo que somos y, así, sentir que realmente puedo escuchar al Otro, que también me aporta con su ser.

Luego, podemos encontrar también a familiares o hacer grupos y empezar a examinar todas nuestras heridas, porque nuestro país está que se cae de herido en muchas cosas, todo el mundo respira por la herida, entonces, cuando todo el mundo respira por la herida, todos nos peleamos, mucho más si se trata de ambiciones. A veces, en las heridas, uno dice: “bueno, entonces, yo tengo derecho a” y, entonces, me pongo a ambicionar algo y fastidio la vida porque, de repente, no tengo tantos derechos como creo.

Por eso es que los impulsos siempre la Iglesia ha querido controlar, pero no se controlan con mano dura, se controlan con comprensión. Y lo que está diciendo Jesús a Pedro es que se ponga detrás, porque Pedro no va a enseñarle a Él el camino correcto y adecuado que el mismo Dios ha

puesto. ¿Y, cuál es el camino adecuado y justo? Aprender a entregar la vida. Jesús conocía muy bien su historia y la historia de su pueblo, y sabía que daba en el clavo, el de un pueblo que se creía demasiado, porque era Hijo de Dios, y los sacerdotes se ufanaban: 'como somos el pueblo elegido, a comprar y vender, a hacer que la gente haga sacrificios y holocaustos y a llenarnos de plata', pensaban.

Por eso, la religión se vino abajo, porque era una religión de muerte, no de vida. Y el templo de Jerusalén va a caer no porque Dios mande destruirlo, sino porque los romanos se hartaron de que eso generara una situación terrible de peleas que no acaban. Pero así, también, por esa razón era necesario un tipo de religión distinta, no un tipo de religión ambiciosa que, finalmente, lo que hace es mantener los poderes negativos que hay en el mundo, sino una religión inspiradora que, inclusive, no importa que pase por la muerte, en este caso, del Señor y de tantos mártires que tenemos en la historia de la Iglesia, pero que susciten una capacidad de reparar, de rectificar nuestras vidas, una luz para el mundo. Y por eso es por lo que, en todos los Papas, siempre hacen cambios que son más allá de lo que ellos han planeado, y se dejan llevar por el Espíritu Santo.

Que todos también sigamos el mismo camino y estemos dispuestos a cargar con nuestras cruces y, por lo tanto, a leer nuestras historias para compartirlas y sanar mutuamente.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y unámonos a los chicos que están ahora reunidos y cantando precioso en la Jornada Arquidiocesana de la Juventud.

Bendiciones para todos hermanos y ahora reafirmemos la fe en el Dios que está dispuesto a morir por nosotros.